

La enseñanza de la literatura en Venezuela: algunas preguntas pendientes

Luislis Morales Galindo.

Universidad de Salamanca (España)
lmorales@usal.es

Fecha de recepción: 23 de febrero de 2016

Fecha de aprobación: 15 de mayo de 2016

Resumen: Durante varios años, quien presenta este trabajo se ha dedicado a investigar y proponer nuevas formas de enseñar literatura en las que prevalezca un enfoque estético, relacionado con la educación por el arte. Sin embargo, las propuestas tienen una limitación: el área no ha sido lo suficientemente problematizada. Aún falta por responder por qué y para qué se enseña literatura en la escuela y el bachillerato venezolanos. Este trabajo es, más que el resultado de una investigación, el planteamiento de un problema. Para ello partimos de la revisión de los enfoques y perspectivas que podrían dar respuesta a las preguntas esenciales en torno al problema. Podemos seguir delegando la respuesta a los estudios de enseñanza de la lengua; pero, por ser la literatura un discurso cuya especificidad lo extraña de la condición funcional, eso significa desdeñar parte de su condición, en lugar de aceptar que se requiere la consideración de competencias diferentes al momento de formar un lector de literatura. Además, a todo lo anterior se añade que la promoción de la literatura en nuestro país atraviesa un periodo crítico: las iniciativas de promoción han demostrado ser escasas, los libros son cada vez más caros y el apoyo del estado se diluye. ¿Está la escuela preparada para defender el derecho de sus alumnos a leer literatura? O por el contrario ¿Será propulsora de que nuestros niños y jóvenes sigan con esta materia pendiente?

Descriptores: estética, educación por el arte, enseñanza de la literatura

Literature teaching in Venezuela: some unanswered questions

Abstract: For many years, the person who is presenting this work has been devoted to the investigation and proposal of new ways of teaching literature through methods that emphasize an aesthetic approach. However, these proposals have a limitation: the area has not been inquired sufficiently. Questions like why, and with what purpose literature is taught at elementary and high school in Venezuela, remain unanswered. This research is, more than the result of an investigation, the statement of a problem. In order to do that, we part from the review of the approaches and perspectives that could give an answer to the essential questions about the problem. We could keep delegating the answer to the studies regarding language teaching; but, as literature is a discourse that, because of its very own nature, is alien to any functional condition, that would be a big mistake. We should always keep in mind that different competences are required when forming a literature reader. Besides that, we have to add to the aforementioned that the promotion of literature in our country is going through a critical period: the initiatives for promotion have proven to be scarce, books are becoming more expensive day by day, and the State's support is diluting. Are schools prepared to defend the right of its pupils to read literature? Or, quite the opposite, will they promote the fact that our children and teenagers keep carrying the burden of a deficient literary education?

Keywords: Aesthetics, education through art, literature teaching.

Si partimos de lo obvio, debemos comenzar por decir que la mayoría de quienes egresan de las Escuelas de Letras serán profesores, en una buena proporción profesores de Castellano y Literatura en el bachillerato; que la UPEL es una universidad que forma docentes, es decir que los profesores que egresen de nuestros departamentos de Castellano y Literatura serán definitivamente eso, profesores, no críticos, no escritores, a lo sumo y con suerte, serán además buenos lectores; que los maestros que egresan del Programa de Educación Integral de la misma universidad y de las Escuelas de Educación de las otras universidades usarán como guía el Currículo Básico Nacional e impartirán entre sus temas la unidad que este denomina Literatura: el mundo de la imaginación. Entonces: ¿Por qué somos tan esquivos cuando de hablar sobre enseñanza de la literatura se trata?

Los literatos suelen pasar de este tema, señalando las pérdidas que sufre la obra literaria cuando se encuentra con la didáctica. Y no son infundados sus temores cuando sabemos que en más de un aula el cuento o el poema son sólo ornamentos motivado-

res para comenzar las clases de historia o de ciencias; o el texto literario es parte de una estrategia divertida para la promoción de la lectura.

Evidentemente, nadie puede diseñar programas, evaluar, impartir clases, enseñar o por lo menos hacer (y hacerse) preguntas interesantes, sobre una materia que apenas conoce. Por ello las asignaturas que imparten conocimiento específico sobre la lengua y la literatura, su crítica y análisis, deben tener la preponderancia justa dentro de los planes de estudio de cada carrera a nivel superior. No obstante, se debe estar consciente de que no es lo mismo saber literatura que enseñar literatura. Frente a este segundo problema, todas las preguntas están aún por hacerse.

Aclaro que cuando hablo de Enseñanza de la Literatura, me refiero a la enseñanza de literatura en la escuela y el bachillerato —por las limitaciones de tiempo, no porque en la universidad no sea un problema— y que me refiero de forma particular a la literatura, asumiendo por supuesto que esta tiene una relación inseparable con la lengua, porque está hecha de ella, pero que supone una forma excepcional (fuera de lo ordinario) de usarla.

Hasta el momento, en nuestro país se ha planteado con bastante seriedad el problema de la Enseñanza de la Lengua, y se ha avanzado hasta el diseño de soluciones. Es decir, las preguntas fundamentales están más o menos formuladas y más o menos respondidas: se pretende formar en la escuela comunicadores competentes. Para ello se enseña en función de desarrollar competencias cognoscitivas, comunicativas y lingüísticas. Leer literatura exige el dominio de esas competencias, pero no le bastan. Por eso los promotores de lectura saben que en sus planes pueden incluir o prescindir de la literatura y aún formar un buen lector. El énfasis —y no es cuestionable que así sea— se coloca sobre los usos funcionales de la lengua y la literatura es en gran medida infuncional, la literatura no es necesaria para la vida práctica. Seamos honestos: es posible concebir un lector-escritor competente, informado, crítico... que no lea poesía, novelas o cuentos, que lea digamos la prensa, un libro de análisis político, una revista, un libro de historia, etc. Será sin duda un lector, aunque no un lector de literatura. Siendo así, si no le hallamos a la literatura más valor que el de ser esa especie de sucedáneo divertido de la lengua que cumple en los programas de promoción de la lectura, es probable que no exista mayor necesidad de su presencia en los programas.

La gran pregunta, la fundamental, es entonces: ¿Para qué enseñar literatura?

Habitamos un mundo que ha asumido que la racionalidad es la vía más expedita para acceder al conocimiento, dejando a un lado la posibilidad de un conocimiento del mundo por mediación de la intuición, los sentimientos o la imaginación. En consecuencia, la educación formal actual —heredera de una visión positivista del mundo— otorga preeminencia a los saberes científicos comprobables y deja de lado otros aspectos esenciales de la condición del ser humano, sobre todo aquellos que no pueden ser tasados.

La literatura es una de las materias que sufre las consecuencias de esta visión. En la escuela básica, la lectura del texto literario está puesta al servicio de los saberes comprobables de otras asignaturas o aparece completamente desdibujada en un espacio de absoluta distensión —escudado en el “placer de leer”— donde nadie sabe mucho para qué sirve.

En el bachillerato, lo que se imparte en las clases es información sobre las obras literarias, movimientos artísticos y autores; información que para los estudiantes resulta vacía, inútil, ajena a sus intereses y a su relación con el mundo. Se inicia así un ciclo torturador, los alumnos deben memorizar ideas que no les son significativas para poder aprobar la materia y los docentes nos sentimos defraudados por la forma como los alumnos manifiestan en las clases su aprecio por nuestro esfuerzo: un bostezo.

Es cierto, la literatura, cuando se le estudia diacrónicamente, ofrece un panorama cultural, sociológico y antropológico invaluable. La literatura, estudiada desde una perspectiva interdisciplinaria, es también una vía para la formación moral, ética, social, intelectual y afectiva-espiritual del individuo. Cuando los niños y jóvenes se acercan efectivamente a ella, no sólo los transforma en buenos lectores sino que ofrece la posibilidad de que, a través de ella, estos hurguen y comprendan sus conflictos, canalicen sus potencialidades creativas y comprendan la trascendencia del papel de cada hombre en el destino de la humanidad. Sin embargo, el camino de acceso a los dones que entrega la literatura a sus lectores exige en primer lugar transponer el umbral que significa la obra, mientras no ocurre esta experiencia vicaria de lectura, docentes y alumnos veremos como todo el tiempo y trabajo que se invierte caerá en el vacío, y la obra literaria, seguirá durmiendo a la espera de genuinos lectores.

Además enfrentamos el problema —problema para esta sociedad de lo observable— de que lo que la relación del individuo con la literatura logra son dones impalpables y, en muchos casos, inmensurables: ¿Cómo tasar el espíritu, la sensibilidad, la emoción, la imaginación, la necesidad de cuestionar el mundo, la vitalidad despierta?.

¿Podremos aceptar que se lee literatura para obtener resultados en un muy largo plazo y que probablemente lo más importante no podremos ni siquiera medirlo en el término de un semestre o de un año escolar?

Para enseñar literatura es preciso considerar que el texto literario es un sistema simbólico complejo que exige un receptor, no sólo competente, sino comprometido. Tal compromiso es necesario porque se requiere relacionarse con él en varias dimensiones, una lingüística, referida al manejo de la lengua en que está escrita la obra, una cognitiva, referida al manejo de ciertas nociones del mundo y nociones artísticas; una imaginaria, relacionada con el conocimiento de las claves simbólicas de la cultura en que está inmersa la obra; y una dimensión espiritual referida a las emociones que se desencadenan con la experiencia que vive el lector cuando la lee.

Hay varias maneras de leer. Rosenblat (2003) señala que un texto puede ser abordado desde una postura eferente, destinada a extraer información de él; o desde una postura estética, destinada a vivir lo leído. El texto literario exige esta última postura. Pero en la escuela es leído la mayoría de las veces desde la primera.

Colomer (2001) señala que hay dos visiones posibles para el abordaje de la literatura en la escuela. En la primera, la obra es vista como objeto que dialoga con la cultura y conlleva al lector a progresar en su capacidad de entender el mundo y en la segun-

da, la obra es vista como forma de comunicación, que perfecciona, en cuanto artificio lingüístico, la capacidad de comprensión y de comunicación del lector. Es cierto que leer literatura contribuye al desarrollo de competencias de lectura y escritura y que amplía el conocimiento del mundo de los lectores. Pero hay que anotar que leer literatura comprende siempre un acto creativo, en el cual el lector se enfrenta con una forma de expresión original para la cual en cada caso hay que diseñar estrategias no convencionales de lectura e interpretación. En ese sentido, la literatura es recreativa, el lector debe re-crear (volver a hacer la obra) cada vez que la lee. Ello implica además dejarse afectar por el texto, es decir aceptar la conmoción que producirá en el espíritu encontrarnos con él, aunque no sepamos cómo lo hará, ni de qué manera. Implica también aceptar que nuestro imaginario sea hurgado por la obra con la consecuente activación de nuestra memoria cultural.

Enseñar literatura significa preocuparse porque el alumno realice un intercambio efectivo y afectivo con la obra, que transaccione con ella, —en el decir de Louise Rosenblat— es decir, que la viva como experiencia. El profesor de literatura es un puente entre el lector y la obra, debe crear situaciones dentro de un clima humano para que tal encuentro sea posible; consciente siempre de que lo que ocurre entre el alumno y la obra literaria es una transacción íntima y profundamente individual, pero que él puede contribuir al desarrollo de herramientas que agudicen su capacidad de interpretación y de implicación con el texto literario. El profesor de literatura entrena, además de destrezas de comprensión lectora, destrezas estéticas. González Nieto (2001) señala que en los niveles anteriores a la universidad debe formarse una competencia comunicativa específica para los textos literarios, en su decir: una competencia literaria. No obstante, preferimos llamarla una competencia estética, con la convicción de que está vinculada no sólo a la literatura, sino a la lectura del arte en general.

En el para qué enseñar literatura, únicamente una razón estética, vinculada a la condición de objeto artístico de la obra literaria, no podrá ser cubierta por alguno de los millones de textos eficientes no literarios existentes en nuestra cultura. Únicamente una razón estética no está cubierta por los programas de enseñanza de la lengua, ya que si bien se requiere para leer literatura del dominio de competencias cognoscitivas, comunicativas y lingüísticas, es su condición de arte lo que la hace excepcional, donde se transforma en juguete lingüístico que trasciende la comunicación funcional y que exige un lector que además de ser competente acepte el reto de someterse a su juego, a sus reglas, desentrañándolo-desentrañándose, padeciendo su experiencia.

Estas respuestas no agotan nuestro problema, por el contrario lo agrandan, porque de ese para qué surgen una serie de problemas relacionados con el cómo. Pero detenernos en esos temas trascendería el tiempo estipulado para una ponencia.

En fin, el problema no sólo está vigente, sino que está casi virgen entre nuestros docentes. Lo imperativo del tema está relacionado con el justo derecho de nuestros niños y jóvenes de conocer ese otro lado del mundo, del pensamiento y de la imaginación que sólo la literatura, la ficción y el arte ofrecen.

¿Por qué no se habla de esto? De esto no se habla porque el arte, su belleza, esa forma de apelar al Pensamiento del Corazón —como lo llama el psicólogo James Hillman (1999)— es siempre peligroso, su condición es revolucionaria, insta al hombre a socavar las bases de los órdenes establecidos al ser siempre una lectura desestructurante. La respuesta de un mundo positivista, como el nuestro, es una simulación: incluir a la literatura entre los bienes culturales pero anulándola al considerarla un conocimiento ornamental, encerrado en la inutilidad de la Cultura General que le inoculamos a nuestros alumnos en su vida escolar.

La literatura, mientras permanezca encarcelada —léase: fastidiosa, anodina, servil— en los programas educativos, está negada al hombre común —el de las clases con menos privilegios— que cree que la conoce y que la rechaza —cree él que conscientemente— sin haber percibido en realidad su poder. La lectura de literatura seguirá siendo así una práctica elitista. A los profesores de literatura nos corresponde revelar el secreto, guiar a nuestros niños y jóvenes a transponer un umbral que les ha sido negado. Enseñar literatura hoy es un problema de equidad y justicia, para devolver a los hombres todas las posibilidades de la lengua, del pensamiento y de la vida.

Referencias

- Colomer, T. (Marzo, 2001). La enseñanza de la literatura como construcción de sentido. En: *Lectura y vida*. Año 22. N°1. (pp. 6-23).
- Dubois, M.A. (1998) Cambio de paradigma del proceso de alfabetización, implicaciones teóricas y prácticas, desafío frente a la formación y actualización docente. En: Serrón, S. (Comp.), *De la cartilla a la construcción del significado*. (pp. 183 – 201). Caracas: Red Latinoamericana de Alfabetización – Venezuela.
- Eco, U. (1995). *Apocalípticos e integrados*. México: Fábula.
- González Nieto, L. (2001). *Teoría lingüística y enseñanza de la lengua (lingüística para profesores)*. Madrid: Cátedra.
- Hillman, J. (1999) *El pensamiento del corazón*. Madrid: Siruela.
- Penac, D. (1995) *Como una novela*. Santafé de Bogotá: Norma.